



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004.

CATEGORÍA JUVENIL: Segundo Premio

Relato premiado: “*Laura y Grisel*”.

Autor / a: María Marco Mayayo. Utebo (Zaragoza).

LAURA Y GRISEL

Laura se sentía rara, triste y alegre a la vez. Acababa de llegar a Grisel y ya se quería marchar, ¿o se quería quedar? Ni ella misma lo sabía. Era la primera vez que al llegar al pueblo encontraba la casa tan fría y vacía. Echaba de menos los besos de los abuelos, y sus primeras palabras nada más verlas, a ella y a su hermana Sonia, “cuanto habéis crecido, y que delgadas estáis”.

Sus abuelos habían fallecido durante la primavera. Laura y Sonia aún no habían asimilado el golpe, habían crecido con ellos y los echaban demasiado de menos. Los padres de Laura trabajaban durante todo el año y habían decidido que las chicas pasaran el verano en el pueblo y aunque las dos hermanas no consideraban que fuera lo mejor, ya que la casa de Grisel les recordaba a los abuelos, habían aceptado a regañadientes.

“Mañana me marchó” – pensaba Laura – “no creo que aguante aquí todo el mes de agosto”
- ¿No estarás pensando en marcharte? – le preguntó Sonia, viéndole la cara – Ya me estas ayudando a limpiar toda la casa.

- Tranquila Sonia que no te voy a dejar aquí sola y además esta tarde vienen Nuria, Raquel y los demás.

Entre las dos adecentaron un poco la casa y salieron a dar una vuelta.

- A los dos en casa para preparar la comida ¿vale?
- Está bien Sonia, a las dos.

Nada más desaparecer Sonia por las casas nuevas, se oyó un grito en la plaza – “esa es Nuria” – pensó Laura inmediatamente. Nadie que no fuera ella chillaba de esa manera. Así que sin pensárselo dos veces echó a correr hacia la plaza, allí se encontró con una estampa poco habitual. Nuria repartiendo besos a Dani, a Hector y a Alvaro. Nada más verlos se echó a reír y se olvidó de todas sus preocupaciones; a los cinco minutos apareció Raquel.

- Ya estamos todos juntos otra vez.

Héctor, Dani y los demás no dejaban prácticamente sola a Laura. La hermana de ésta ya les había dicho que estaba un poco rara por lo de sus abuelos y que necesitaba distraerse.

A pesar de todos los esfuerzos de sus amigos por que se distrajera había algo que preocupaba a Laura, estaba en otro mundo.

- ...
- ¿Y tú que opinas, Laura?
- ¿Que?
- Laura, ¿qué te pasa? Estas en las nubes, te hablamos y no te enteras de nada.
- Lo siento Álvaro – le respondió ella – es que estoy pensando en... Nada, no tiene importancia.
- Si que la tiene Laura, ya nos estas contando que te pasa o en que piensas – la reprendió Raquel.
- Hace dos o tres años – comenzó Laura – mi abuelo me contó una historia.
- ¿Y por que te preocupa una historia? – le preguntó extrañado Hector.
- No es que me preocupe. Será mejor que os la cuente, así lo entenderéis:

“Corría el siglo VII y los cristianos vivían tranquilamente en los reinos de Aragón, los árabes todavía no habían invadido la península. Grisel era uno de los pueblos más pequeños de todo el reino pero el rey no podía permitir que sus súbditos de aquel pequeñísimo pueblo no pagaran sus tributos. Los vecinos de Turiaso no subían a Grisel a recoger el dinero y los vecinos llevaban tres años sin pagar los impuestos. El rey no podía consentir esta actitud así que decidió enviar al pueblo a uno de súbditos y amigos más leales, su tesorero. Don Fernando, que así se llamaba el tesorero del rey, se trasladó al castillo de Grisel con toda su familia, que no era poca: su mujer, cuatro hijos varones y una niña, su madre y su suegra, y con todos sus sirvientes, que debido a lo numerosa que era la familia también eran bastantes.

Una vez acomodada la familia de Don Fernando, este comenzó a trabajar. Reunía a los vecinos, recaudaba impuestos y sorprendentemente, se relacionaba con los habitantes del

pueblecito, se preocupaba por las cosechas y el ganado, por la educación de las niñas pequeñas... Los habitantes de Grisel estaban totalmente asombrados, no tenían noticias de que en otros pueblos del reino se tratara de tal forma a los humildes campesinos.

Don Fernando educaba a su hija Isabel con las otras niñas del pueblo, sus cuatro hijos jugaban con los demás por los campos, su mujer cosía en la plaza con las otras madres y las dos ancianas intercambiaban recetas de cocina con las señoras mayores del pueblo. Mientras, Don Fernando invitaba a cenar cada noche a un vecino. Tanta amistad llegaron a tener que Don Fernando comenzó a cobrar menos a los campesinos y a pagar él mismo el dinero que faltaba para completar el dinero que requería el rey.

A los tres años de la llegada de Don Fernando a Grisel llegó a oídos del rey que gracias a él los campesinos del pueblo igualaban en bienes a los nobles con menor rango así que decidió que el tesorero regresara junto a él a Zaragoza. Cuando el noble afincado en Grisel recibió por carta los deseos del rey y los dio a conocer entre todos los habitantes del lugar, una gran tristeza se instaló en el corazón de todos.

Los habitantes de Grisel, en agradecimiento a todo lo que había hecho Don Fernando por ellos, encargaron a los sastres de Turiaso que confeccionaran trajes con las mejores telas que pudieran encontrar. Un mes más tarde, cuando los vestidos estuvieron terminados, los griseleros se los entregaron todos juntos en un primoroso baúl.

Al cabo de un tiempo, regresó a Grisel uno de los criados de Don Fernando y contó a uno de los campesinos que Don Fernando no se había llevado los trajes a Zaragoza, que estaban escondidos en el castillo y él sabía donde se encontraban. Pedro, que así se llamaba el campesino, consideró que el recién llegado estaba ofendiendo el honor de Don Fernando y decidió mandarlo a paseo. Poco después de que despacharan al siervo, todo el mundo se reía de la historia que este había contado a Pedro.

- Nunca nadie tomó en serio el sirviente –continuaba Laura – y los griseleros lo contaban a sus hijos como una anécdota divertida. Sin embargo, mi abuelo me dio a entender que era verdad.
- Vaya historia – dijo asombrado Héctor – ¿Y de verdad crees que es cierta?
- No lo sé – le respondió Laura – Pero podría ser verdad ¿ no?
- Claro, y podría ser mentira.
- ¡Qué optimista eres, Raquel! – contestó con sarcasmo Laura.
- No, si no es por llevar la contraria, pero...
- Tiene la pinta de ser una de esas historias que se inventan en los pueblos para entretenerse y pasar el rato – continuó Dani.

- El abuelo de Laura quiso dar a entender que era verdad. Yo creo que él sabía que solo lo íbamos a saber nosotros – intervino Álvaro – porque... en Zaragoza no se lo has dicho a nadie, ¿no?
- Claro que no. Todas mis amigas me han dicho que si estaba loca cuando les he hablado de alguna historia de las que se cuentan por aquí. Les parecía patética la idea de que alguien creyera en las brujas de Trasmoz o en los duendes de la Diezma. ¿Vosotros pensáis que me creerían si les dijera que en el castillo de mi pueblo hay enterrados unos vestidos del siglo VII? Y además solo vendrían a Grisel si abriera un centro comercial con más tiendas que los de Zaragoza.

Con el último comentario de Laura se desató la risa en todo el grupo y visto la hora que era, Laura marchó corriendo a casa a preparar la comida.

El cuento que les había contado Laura les dio que pensar a todos durante la semana siguiente. Hasta que decidieron que podrían intentar buscar los vestidos, nada perdían por intentarlo.

El castillo había sido restaurado pero, como el propietario les dijo, las habitaciones estaban en el mismo lugar que antaño. Era imposible que hubieran enterrado el arcón de los vestidos, habrían tardado demasiado, así que debía de estar escondido.

- Tenía que haber algún pasadizo, un castillo sin ningún sitio por el que escapar cuando acechara el peligro, es como encerrarte en un ataúd – aseguró Nuria.

Durante toda una mañana estuvieron buscando en vano algún resorte o palanca que abriera algún pasadizo y, cuando se sentaron a descansar, a Héctor le pareció que la pared estaba hueca. La pared era de piedra y parecía que nadie la había tocado desde su construcción, así que volvieron a presionar todas las piedras, cosa que habían hecho media hora antes. Nuria y Dani movieron una piedra, que era algo más grande que las demás, al instante se oyó un fuerte ruido y se abrió un pequeño hueco en la pared.

- Aquí no pueden haber escondido ningún baúl – comentó Raquel, que parecía que empezaba a creerse la historia.
- No, pero sí este plano.
- ¿Qué dices Álvaro? – preguntó extrañado Héctor.
- Pues que aquí hay un plano que parece ser del castillo.

Cuando lograron situarse en el plano, se dieron cuenta que una marca en el mapa señalaba la tercera habitación hacia la derecha de donde ellos se encontraban. En dicha alcoba descubrieron una palanca escondida en una hendidura de la pared. Al desplazar la palanca se abrió un enorme hueco justo debajo del lugar que ocupaba la cama. Parecía un

pasadizo que se adentraba en la oscuridad. No llevaban linternas y se estaba haciendo tarde así que decidieron volver a accionar el mecanismo, colocar la cama en su sitio y marcharse.

Al día siguiente volvieron, con linternas, pilas y velas suficientes para toda la mañana, movieron de nuevo la palanca y encendieron las linternas. Como todos habían supuesto, unas escaleras llevaban a un subterráneo y sin pensárselo dos veces comenzaron a bajar. Aquello estaba lleno de telarañas, alguna que otra rata muerta... Nuria, Raquel y Laura estaban algo asustadas y no querían quedarse mucho tiempo en aquel lugar.

Sus miedos desaparecieron cuando apareció ante ellos un gran portón de madera. Una puerta de tales dimensiones se tenía que abrir con una gran llave que encontraron debajo de una piedra, envuelta en una tela y perfectamente conservada. Al girar la llave dentro de la cerradura, se oyó perfectamente como se movía un gran cerrojo, pero tantos años había estado la puerta cerrada que los seis amigos tuvieron que empujar con fuerza la puerta hasta que esta cedió.

Al abrirla, se encontraron en una gran sala donde en un rincón se encontraba un baúl cubierto de polvo. Todos se quedaron alucinados, no se lo creían, hasta Laura dudaba. “¿Estamos soñando?”– se preguntaban todos.

Se acercaron al arcón y lo abrieron. En su interior no estaban los trajes que buscaban, sino un pequeño cofre con collares y anillos de gran valor, y un pergamino escrito en latín.

- Héctor – dijo Dani – todo tuyo.
- ¿Qué pasa, que soy el único que sabe algo de latín?
- Pues sí – contestó Nuria – ¿ves bien?
- Sí.

Espero que alguien lee esta carta alguna vez. Quiero dejar constancia de lo maravilloso que es el pueblo de Grisel así como sus habitantes que nos acogieron como una familia más. Tanto mi familia como yo estará eternamente agradecidos a este pueblo y a sus vecinos que nos ayudaron a ser mejores personas.

Es mi deseo que las joyas de este cofre sea repartido entre todo el pueblo como recompensa a su recto proceder.

Don Fernando

Grisel, a 19 de Agosto de 650